

PENTECOSTÉS FRENTE A BABEL

La Escucha y/o los gritos

Manual para entenderse sin odiarse

Evaristo Villar

Babel ya no necesita ladrillos

Babel, donde “el mundo entero hablaba la misma lengua con las mismas palabras” (Gn 11,1-9), ya no es una torre en Mesopotamia. Ahora tiene fibra óptica, platós de televisión y cuentas verificadas. Babel desayuna tertulias donde cuatro personas hablan simultáneamente con la convicción de que el volumen sustituye a la razón. Es un político pronunciando la palabra «diálogo» mientras bloquea al adversario en X, la red social antes conocida como Twitter y ahora conocida como “ese sitio donde la gente se insulta con emojis patrióticos”.

La geopolítica tampoco decepciona. Trump sueña con muros tan grandes que probablemente quieran verse desde Marte; Putin intenta reconstruir el siglo XIX con tanques del XXI; y Xi Jinping imagina una armonía universal tan perfectamente ordenada que hasta las discrepancias deberían rellenar un formulario previo. Los tres comparten una nostalgia curiosa: un mundo donde todos hablen, finalmente, el idioma del poder propio. Una Babel global con inteligencia artificial, vigilancia y banderas enormes.

En España hemos llevado la polarización a niveles de fina artesanía. Ya no basta con discutir: antes de escuchar una idea necesitamos saber de qué pie ideológico cojea quien la dice. La conversación pública se parece a una cena de Navidad retransmitida en directo: todos interrumpen, nadie escucha y siempre aparece un cuñado explicando Oriente Medio con la seguridad de quien jamás ha encontrado Siria en el mapa.

Pentecostés: el escandaloso milagro de entenderse

Frente a todo eso, Pentecostés (Hch 2, 1-15) propone algo casi ofensivo para nuestro tiempo: que personas distintas puedan entenderse sin dejar de ser distintas.

El milagro no es lingüístico; es moral. Nadie abandona su lengua, su acento o su cultura. Lo extraordinario es que alguien quiera escuchar de verdad al otro. Y eso, en plena era del algoritmo, resulta sospechoso.

Las redes sociales han perfeccionado exactamente lo contrario. Son el anti-Pentecostés: millones de personas hablando el mismo idioma de indignación

permanente y sin comprender absolutamente nada. El dialecto dominante ya no es el castellano, el catalán, el euskera o el gallego, sino el “tuit del enfado”: frases cortas, mayúsculas tácticas y una puntuación escrita como si el móvil estuviera ardiendo.

Pentecostés desmonta además una fantasía muy moderna: creer que la unión exige uniformidad. La lógica babeliana siempre termina igual: si el otro piensa distinto, sobra. Pentecostés responde a algo mucho más incómodo: quizá precisamente porque es distinto tenga algo que enseñarme.

Migraciones: donde Babel levanta muros, Pentecostés pone mesas

Las migraciones son uno de los lugares emblemáticos donde esta tensión deja de ser teoría y se convierte en carne, papeles y ventanillas.

Desde Babel, el migrante es el extranjero perpetuo: alguien cuya lengua, comida o religión activa todas las alarmas identitarias. Europa levanta vallas con el mismo entusiasmo con que antes levantaba catedrales. Hemos sustituido las torres por burocracias infinitas: formularios imposibles, citas para dentro de ocho meses y sellos administrativos más difíciles de obtener que la vida eterna.

El resultado es perverso: personas que trabajan nuestros campos, cuidan ancianos y sostienen sectores enteros de la economía pagando alquiler, pero jurídicamente viven suspendidas en una especie de purgatorio con NIE caducado. El eslogan es “prioridad nacional”, “los de casa primero” (Otras han dicho “América first”).

Pentecostés propone lo contrario: regularizar no como limosna moral, sino como reconocimiento. Decirle al otro: “tu cultura también tiene sitio aquí”. Porque una sociedad no se rompe por tener muchas culturas; se rompe cuando convierte las diferencias en trincheras permanentes.

La ironía es magnífica: quienes más temen la diversidad suelen beneficiarse diariamente de ella. Les molesta el migrante abstracto, pero no el camarero ecuatoriano, la cuidadora hondureña o el repartidor pakistaní que les trae la cena mientras escriben en internet que “ya no cabemos en España”.

Los diferentes: esos sospechosos habituales

Pentecostés tiene un detalle profundamente incómodo: los protagonistas son galileos, provincianos sin prestigio, gente a la que la sociedad bien judía miraba mayormente por encima del hombro. Y son precisamente esos galileos quienes hacen posible el entendimiento.

La unión no nace desde arriba, desde emperadores, oligarcas o gurús geopolíticos. Nunca la construyen quienes hablan de “orden mundial” desde alfombras gigantes. La construyen quienes saben lo que significa ser considerados secundarios. Lo mismo pasa en la Iglesia.

Hoy esos galileos son el migrante sin papeles, el gitano cuyo idioma nadie quiere aprender, el musulmán que reza en una nave industrial o en el campo porque no le dejan lugar legítimo en la ciudad, el cristiano que marginado por la institución es buena noticia en la periferia, incluso el vecino que vota distinto y al que tratamos como si fuera una amenaza para la civilización occidental.

Conclusión: bajar de la torre antes de que se caiga sola

Babel y Pentecostés no son dos historias antiguas. Son dos maneras de vivir que compiten cada día dentro de nosotros.

Elegimos Babel cuando escuchamos solo para responder. Elegimos Pentecostés cuando escuchamos para comprender. Elegimos Babel cuando una ley de extranjería está diseñada para sospechar. Elegimos Pentecostés cuando está diseñada para integrar.

La unión en la diversidad resulta agotadora porque obliga a bajar de la torre. Y las torres son cómodas: desde arriba todo parece simple, especialmente las personas. Pero la vida real ocurre abajo, en el barro de los acentos mezclados, los cafés compartidos y las conversaciones hasta torpes.

Y quizá esa sea la ironía definitiva: después de milenios construyendo imperios, muros y algoritmos para clasificarnos, el verdadero milagro sigue siendo absurdamente sencillo: dos personas distintas que logran entenderse sin dejar de ser distintas.

Todo lo demás —las cumbres internacionales, los discursos grandilocuentes y los tuits furiosos escritos a las dos de la madrugada— tal vez no sea más que ruido de obras en la eterna reconstrucción de Babel.